

## ORDEN, DELITO Y CASTIGO EN LOS PRIMEROS TIEMPOS DE LAS REDUCCIONES JESUITICAS-GUARANIES

Norma Noemí González

La interpretación de los símbolos como objetos de representaciones mentales nos develan en la primera etapa de la Conquista de América a un personaje con espada, caballo y armas de fuego, y en la etapa colonial al colono-conquistador o su lugarteniente que suma al equipamiento de la fuerza, el látigo.

Este estereotipo, no siempre refleja la realidad de la conquista, porque los medios o métodos se ajustaron a las diferentes circunstancias, aunque debemos admitir que todo proceso por el cual una persona ejercita su voluntad sobre otra resulta compulsivo.

En lo que respecta a la llamada «Conquista Espiritual» algunos autores se soslayan con la representación de la Cruz y el Evangelio, en tanto otros hacen marchar a los evangelizadores detrás de los ejércitos con el fin de suavizar las rispideces del proceso de conquista. Así a las Reducciones o pueblos de guaraníes establecidos por los Misioneros Jesuitas, algunos autores las representan como asientos de esclavos, donde el azote primaba. El mantenimiento del llamado régimen reduccional, donde las libertades se hallaban conculcadas y nuevas costumbres eran impuestas por el látigo, aparecen en numerosos trabajos, tal vez el más difundido es la famosa introducción que Blas Garay hizo al libro del Padre Nicolás del Techo, titulado «Historia del Paraguay».

Sin embargo, debemos preguntarnos si dos sacerdotes: el Cura y su compañero, podían mantener en policía y trabajo a 3000 ó 5000 y hasta 7000 guaraníes reducidos ¿cuál era el método de control o terror que imponía a la obediencia?. Se debe en tal caso admitir la existencia de un orden, de un orden concensuado que se va

elaborando en el tiempo, ¿cuál es el basamento de ese orden?, se dirá que se trataba de orden «cristiano», indudablemente, esa era la meta final.

Pero el estudio que hemos emprendido, nos lleva a la apreciación de que en el orden reduccional se mantuvo en gran medida el orden guaraní preexistente, es por ello que el análisis de la obra del Padre Antonio Ruíz de Montoya, que data de la primera mitad del siglo XVII nos permite apreciar los elementos preexistentes y los elementos de fricción que planteaba el nuevo orden misional.

El orden guaraní se caracterizó por la posesión de un espacio controlado y resguardado. La presencia de una autoridad sabia, prudente, eficiente y de experiencia; de una organización para el trabajo que se caracterizaba por la división sexual del mismo y el orden social basado en la unidad poligámica y cuya característica principal era la reciprocidad y solidaridad distributiva de bienes.

Las costumbres estaban ritualizadas, siendo la adjudicación del nombre; los enterratorios; la iniciación; la antropofagia ritual, a consecuencia del fundamento guerrero de la organización guaraní, los más sobresalientes en lo tocante a la salud, la higiene, la herboristería, la magia y sugestión, completaban el cuadro.

A medida que el crecimiento de las aldeas fue haciéndose cada vez mayor y la densidad demográfica más alta, la cultura guaraní fue respondiendo con múltiples cambios, modificándose el carácter de las aldeas: el pequeño tapy (200 habitantes) se convirtió en el teko'a guazú (600 ó más habitantes), la reciprocidad se hizo más compleja, intensa y extendida «pasándose del merodeo libre por un territorio despoblado a la delimitación de los guaras, verdaderos cotos de caza y recolección, celosamente custodiados por sus dueños. La aldea se constituía con una familia extensa que emparentaba a familias nucleares, entonces el Nande Rú -nuestro padre-, al mismo tiempo la cabeza de un linaje y reconocida autoridad política de la aldea»<sup>1</sup>

«La segunda condición que legitimaba al Nande Rú era su sabiduría y moderación. se esperaba de él que reuniera todas las condiciones de experiencia de la vida en la selva y tuviera al menos moderada capacidad para comunicarse con los espíritus e influir en ellos favorablemen-

te. De allí que frecuentemente el Nande Rú fuera también un payé-sacerdote»<sup>2</sup>

Los trabajos estaban distribuidos por sexo: la caza, la pesca, la tala de árboles, eran actividades masculinas; la siembra, la recolección, la cosecha, la realizaban las mujeres.

«El número de esposas e hijos que mantener era relevante porque ello determinaba el tamaño y número de parcelas que se destinaban a cada varón. La riqueza y potencialidad se establece por el número disponible de mozas y jóvenes, potenciales esposas y madres, el casamiento establece parentesco, y éste poder. Este era el sentido antiguamente de la poligamia de los jefes.»<sup>3</sup>

El intercambio de los bienes y servicios estaba determinado por la reciprocidad parental, «el guaraní tenía siempre algún pariente a quien dar y otro de quien recibir. El intercambio, que es un fenómeno clave en todo sistema económico, estaba determinado por la reciprocidad parental: se intercambiaban alimentos como se intercambiaban mujeres»<sup>4</sup>. Una serie de ritos anuales reglaba las fechas adecuadas en toda actividad del guaraní, y así «durante todo el embarazo el niño podía comunicarse con la madre y enviarle quejas o indicaciones de cuidados o alimentos deseables. Una vez consagrado el nacimiento se ejecutaba la ceremonia de imposición del nombre, durante el cual el payé entraba en trance para recibir el nombre del niño»<sup>5</sup>. El nombre era secreto, no debían saberlo los demás, porque podría ser manipulado por su enemigo para ocasionarle daño e incluso la muerte.

Cuando los jóvenes llegaban a la pubertad, los rituales de la iniciación tanto de varones como de mujeres adquirían solemne importancia. De la cuidadosa observancia de los respectivos rituales dependía la suerte futura de los jóvenes: para la niña, era su primera menstruación, era rodeada de una verdadera red de tabúes y completamente aislada; el varón en cambio, su ritual era colectivo (imposición del tembetá) símbolo de la masculinidad, aptos para la caza, la pesca, la paternidad. Todo guaraní conocía ciertos cantos, amuletos o plantas capaces de procurar alivio para sus males menores, pero cuando las cosas se ponían graves, entonces acudían al payé o shaman para que les solucionara el problema y le curaran de enfermedades graves. La muerte, último gran rito, era concebido como una sucesión de pasajes de un estado al otro, era

el pasaje de la vida terrena a la vida «junto al paraíso de nuestro padre», la ascensión al cielo no dependía de las buenas acciones, sino que se esperaba que el alma sagrada retornara junto a los dioses. Los parientes despedían al muerto con llantos y alaridos, como muestra de su dolor y para que el alma del difunto no les molestara.

El Padre Montoya al referirse al espacio en la nueva organización centralizada en las reducciones, nos dice: «Llamamos reducciones a los pueblos de indios, que viviendo a su antigua usanza en montes, sierras y valles, en escondidos arroyos, en tres, cuatro o seis casas solas, separada a legua, dos, tres o más unos de otros, los redujo la diligencia de los Padres a poblaciones grandes y a vida política y humana, a beneficiar algodón con que se visten; porque comunmente vivían en desnudez, aun sin cubrir lo que la naturaleza ocultó logrando que se transformaran en sedentarios y agricultores, son todos labradores y tiene cada uno su labranza, y en pasando de once años, tienen ya su labranza los muchachos...»<sup>6</sup>

Con relación a la autoridad, comenta «tenían caciques, en quienes todos reconocen nobleza, heredado de sus antepasados, fundada en que habían tenido vasallos y gobernado pueblos. Muchos se ennoblecen con la elocuencia en hablar (tanto estiman su lengua, y con razón, porque es digna de alabanza y de celebrarse entre las de fama) con ella agregan gente y vasallos, con que quedan ennoblecidos ellos y su descendientes: A éstos sirven sus plebeyos de hacerles rozas, sembrar y coger mieses, hacerles casas, y darles sus hijas cuando ellos las apetecen, en que tienen libertad gentilicia», esta autoridad del cacique sigue vigente en las Reducciones, como así también la ayuda comunal o parental; el autor atestigua: «... a que se ayudan unos a otros con mucha conformidad, no tienen compras ni ventas, porque con liberalidad sin interés se socorren en sus necesidades...viven en paz y sin litigios»<sup>7</sup>. Con respecto a la poligamia puntualiza «conocimos algunos de estos que tenía 15,20 y 30 mujeres», este rasgo fue muy combatido por los Pdres «era fuerza tratar del matrimonio y unidad de mujeres», y una de las medidas tomadas por los jesuitas fue el tratar de que se «casaran con tiempo antes que el pecado les prevenga».

Al referirse a las ritualizaciones que acompañaban la vida del guaraní, Montoya dice: «el

varón en pariendo cualquiera de sus mujeres, ayunaba con gran rigor por quince días, sin comer carne, y aunque se le ofreciese no la mataba; guardaba todo este tiempo muy gran recogimiento y clausura, porque de esto dependía la buena salud y crianza del infante. Usan un género de bautismo o de ponerse nombre»<sup>8</sup>. Aquí no es difícil inferir que el bautismo cristiano asimiló a este rito la imposición del nombre por medio de la ceremonia del agua bautismal.

Montoya no registra el ritual del pasaje que representa la iniciación, en cambio, sí relata detalladamente el rito de la antropofagia: «El cautivo que cogen en guerra lo engordan, dándole libertad en comidas y mujeres que escoge a su gusto; ya gordo lo matan con mucha solemnidad, y tocando todos a este cuerpo muerto con la mano, o dándole algún golpe con un palo, se pone cada cual su nombre; por la comarca reparten pedazos de este cuerpo, el cual pedazo cocido en mucha agua, las mujeres dan a sus hijos de teta un poquito de esta mazamorra, y con eso les ponen el nombre, es fiesta muy célebre para ellos, que hacen muchas ceremonias»<sup>9</sup>. Al ser reducidos los indios, este ritual desaparece, ya que si bien muchas veces tuvieron que luchar los cristianizados con los que se negaban a serlo, lo hacían junto a los Padres quienes no permitían que esto ocurriera, ya que les habían enseñado a sus neófitos lo negativo, cruel, horrible que era este rito, amén del pecado y castigo divino que recibiría el que lo hiciera. Con relación a los ritos mortuorios, consigna «juzgaban que el cuerpo ya muerto acompañaba el alma en su sepultura, aunque se separaba; y así muchos enterraban a sus muertos en unas tinajas, poniendo un plato en la boca, para que en aquella concavidad estuviese más acomodada el alma, aunque estas tinajas las enterraban hasta el cuello. Y cuando a los cristianos enterrábamos en la tierra, acudía al disimulo una vieja con un cedazo muy curioso y pequeño, y muy al disimulo traía el cedazo por la sepultura, como que sacaba algo, con que decían que en él sacaban el alma del difunto para que no padeciese enterrada en su cuerpo»<sup>10</sup>. El duelo que hacían los familiares con llantos estrépitosos tenían como finalidad orientar el alma del difunto en su viaje, esto fue fácilmente suplantado en el orden cristiano por misas, novenarios, y aceptados por los indios, así nos relata el Padre Montoya: «Adoleció un cacique muy principal, que recibió con muy buen efecto el agua del

bautismo, próximo a la muerte, mandó a toda su gente que en su muerte no hiciesen aquellas ceremonias, ni le llorasen como muerto, sino que se alegrasen como con un vivo que iba a vivir eternamente. Murió este dichoso cacique, y se cumplió su legado en todo el pueblo, porque no se oyeron adelante los alaridos, ni se vieron las ceremonias gentilicias que hasta allí usaran»<sup>11</sup>. Al referirse a las enfermedades, el Padre Montoya dice: «Las supersticiones de los magos se fundan en adivinaciones por los cantos de las aves, de que han inventado muchas fábulas en curar y con embustes, chupando al enfermo las partes lesas, y sacando él de la boca cosas que lleva ocultas, mostrando que él con su virtud le ha sacado aquello que le causaba la dolencia, como una espina de pescado, un carbón o cosa semejante... los peores y más perniciosos son los enterradores, cuyo oficio es matar, enterrando en la casa del que desea matar algunas sobras de comida, cáscaras de frutas y pedazos de carbón, etc... Y uno de éstos deseando matar con estas cosas a un Padre, le respondió el demonio, que no tenía él fuerzas contras aquellos religiosos»<sup>12</sup>. Como vemos para los Padres los llamados magos eran verdaderos demonios en cuanto a las curaciones de las enfermedades, los Padres hicieron una amplia adopción de la herboristería guaraní, reconociendo el poder curativo de muchas especies, como por ejemplo la yerba llamada macaguá, que los indios usaban para todo tipo de ponzoña, como también para el dolor de cabeza, calenturas, ocupación de estómago y otras enfermedades, pero a la vez introdujeron prácticas europeas como la sangría para curar las enfermedades, enseñándoseles a los indios, en los llamados hospitales, donde se atendía tanto a hombres como mujeres, pero eso sí aparte, es decir por sexos.

A través de la lectura del relato del Padre Montoya, no se advierten mayores situaciones traumáticas en el paso del orden guaraní al orden reduccional: con respecto a la autoridad del cacique, que fue reconocida por los Misioneros; a los ritos mortuorios, de bautismo; en cambio sí se nota la lucha encarnizada por desterrar la antropofagia, la hechicería, la poligamia.

Así al referirse a la antropofagia, el Padre Montoya relata distintas situaciones de las cuales transcribimos una que se refiere a su propia persona: «Tenía esta provincia (Taycaba) casi infinita gente, y con las costumbres gentiles muy

en su observancia, muy guerrera, y en comer carne humana muy ejercida...dieron muestras de recibirme bien, pero fingidas, porque dando aviso de mi llegada, toda aquella noche fue desgalgando gente de aquellas sierras, con ánimo de comerme y a los que iban en mi compañía, que serían como 15 personas, tenían deseo (según después supe) de probar carne de un sacerdote que juzgaban diferente y más gustosa que las demás»<sup>13</sup>. Esto ocurre, como vemos por el relato de Montoya fuera de las Reducciones, en una provincia infiel, ya que en las Reducciones dicha práctica había sido ya desterrada.

Con respecto a los hechiceros, reconoce que éstos eran la peste y minas de las almas; pero con su constante trabajo y plática que «afearon en sermones la causa que se daba el demonio a que murmurasen de ello»<sup>14</sup>. Los Padres lograron que muchos caciques -hechiceros, aceptaran la nueva fe y el nuevo orden, aunque podemos decir que a través de su relato se nota que muchos lo hacían fingidamente, siguiendo con sus prácticas aún dentro de las Reducciones, perturbando muchas veces la vida de éstas, aunque casi siempre recibieron el castigo de una muerte violenta y lo que era peor morían sin confesión.

En cuanto a la poligamia fue lo que más resistencia tuvo, especialmente por parte de algunos caciques y shamanes, quienes con sus arengas trataban de perturbar el nuevo orden establecido, así transcribe el discurso de un cacique en contra de la monogamia: «Los demonios nos han traído a estos hombres, pues quieren con nuevas doctrinas sacarnos del antiguo modo

de vivir de nuestros padres, los cuales tuvieron muchas mujeres, muchas criadas y libertad en escogerlas a sus gustos, y ahora quieren que nos atemos a una mujer sola. No es razón que esto pase adelante, sino que los desterremos de nuestras tierras, o que le quitemos la vida»<sup>15</sup>. Los Padres guardaron silencio durante dos años o más sobre la institución del matrimonio monogámico, pasado este tiempo, lograron hacer comprender a los indios el valor de dicha institución para la familia y los hijos, tan bien lo lograron, que nos dice: «Si algún descuido en la castidad se reparó, en alguno, el cuidado y celo de los caciques, padres de familia y alguaciles, pone remedio eficaz con ejemplar justicia. Rondan de noche el pueblo, y si cogen algún sosopechoso los corrigen, amancebamiento ni por imaginación se conoce porque su castigo fuera perpetuo destierro»<sup>16</sup>.

Hasta aquí analizamos la «Conquista Espiritual». La otra fuente: «El Tesoro de la Lengua Guaraní», también llamado Diccionario de Montoya, tiene un enorme valor, allí el autor transcribe para que sirva a otros sacerdotes las alocuciones de los guaraníes. Es interesante advertir la recurrencia en esas alocuciones (muchas de ellas, tal vez escuchadas en el confesionario) de la presencia de ciertas costumbres que el nuevo orden intentaba desterrar, como la borrachera, la mentira, las habladorías, la hechicería, la poligamia, el homicidio, etc., como así también las exhortaciones que hacían los Padres en referencia a esas costumbres afeándolas y de las cuales transcribimos algunos, para que sirvan como ejemplo.

Dichos de los Indios	Exhortaciones del Padre
hame rellenado de vino	No hay cosa más abominable que la borrachera
el vino me hace dar baibenes	Son desechados de la comunión los borrachos
yo bebo vino	Haced memoria de vuestros pecados para confesarlos
soy mentiroso	No escudriñéis vidas ajenas
mentí en la confesión	Desechad los malos pensamientos
ando enfrentando a otros calumníandolos	Apartaos del amancebamiento
soy chismoso	
tengo bajos pensamientos	
ya ha dos años que me confieso sin apartarme	
de mis mancebas	
tengo mujeres a gusto	

Otras exhortaciones: Enderezad vuestros pasos a la virtud, dejando el pecado. Duélete de tus pecados, no por el infierno o muerte, sino por amor a Dios sobre todas las cosas. Deseo que saqueis de mis sermones deseos de comulgar

### Conclusión

Si bien los escritos del Padre Montoya abarcan solamente los primeros tiempos de la conquista, ellos ponen en evidencia que el nuevo orden incorpora gran parte del anterior, donde se advierte por parte del autor un reconocimiento o aceptación de los valores del mismo.

También se percibe en su discurso el rechazo, la incomprensión y la condenación de rasgos gentiles incompatibles con el nuevo orden. Rasgos duramente combatidos a través de las pláticas, los sermones, el confesionario, la educación.

Consecuentemente, advertimos en algunas alocuciones de los indios la aceptación, la trasgresión, el rechazo y la dura lucha que libraron sobre todo los hechiceros a la imposición del nuevo orden que la Conquista realizaba.

### Bibliografía

RUIZ DE MONTOYA, Antonio: «La Conquista Espiritual». Bilbao, España; Imprenta del corazón de Jesús, 1982, 1ra edición.

RUIZ DE MONTOYA, Antonio: «El Tesoro de la Lengua Guaraní». Publicado por Julio Platzman, París, 1876.

VARA, Alfred: «Corrientes en el mundo guaraní». En Revista de divulgación *Todo es Historia*. Cap. 30; 1985

### Notas

<sup>1</sup> VARA, Alfredo: «Corrientes y el mundo guaraní». p. 3

<sup>2</sup> *ibidem*. p. 12

<sup>3</sup> *ibidem*. p. 10

<sup>4</sup> *ibidem*. p. 11

<sup>5</sup> *ibidem*. p. 14

<sup>6</sup> RUIZ de MONTOYA, Antonio: «La conquista Espiritual», p. 29

<sup>7</sup> *ibidem*. p. 49

<sup>8</sup> *ibidem*.

<sup>9</sup> *ibidem*. p. 51

<sup>10</sup> *ibidem*.

<sup>11</sup> *ibidem*. p. 254-55

<sup>12</sup> *ibidem*. p. 54

<sup>13</sup> *ibidem*. p. 122-23

<sup>14</sup> *ibidem*. p. 213

<sup>15</sup> *ibidem*. p. 57

<sup>16</sup> *ibidem*. p. 199